



► 9 Julio, 2016

A. M. D. BARCELONA

Octavo director en la historia del Orfeo Català, Josep Vila i Casañas (Sabadell, 1966) recogió el testigo de la titularidad de manos de Jordi Casas en 1998 y ahora lo traspasa al inglés Thomas Halsey. Durante los 18 años que se mantuvo al frente de la formación, le correspondió vivir los momentos más duros y también los más dulces de la historia reciente de la institución musical.

Pregunta.— Usted llegó al Orfeo Català avalado por su prestigio como fundador del renovador coro Lieder Camera y director de la Coral Carmina. ¿Qué le motivó a aceptar este reto?

Respuesta.— Creo que una de las cosas que me decidió fue profundizar en la figura del maestro Lluís Millet y descubrir que había muchas cosas en común —sentimientos, satisfacciones, problemas...— con lo que yo estaba viviendo con Lieder Camera. Y entonces pensé que si se me pedía que recogiera aquella tradición y le diera un nuevo impulso, valía la pena intentarlo.

P.— ¿Y con qué se encontró?

R.— Recibí de Jordi Casas la gran herencia de un Orfeo que ya había cogido la dinámica de interpretar el repertorio sinfónico de los grandes coros europeos, y con una agilidad de montaje notable. Pero, al mismo tiempo, el propio coro tenía consciencia que hacía falta una renovación. Que había que audicionar a todos los cantaires y decidir quién continuaba y quién no. Y esa fue la primera tarea que asumí.

P.— ¿Con qué resultado?

R.— Recuerdo que de un total de 90 personas, unas 30 tuvieron que dejar el coro, aparte de los que marcharon voluntariamente. Se formó una comisión evaluadora y los resultados los comuniqué a cada *cantaire* en un encuentro personal, a puerta cerrada y mirando a los ojos; no a través de un papel colgado en un tablero. Luego abrimos una nueva convocatoria, hubo plazas que se cubrieron con personas del Cor Jove y otras de fuera, pero durante los dos primeros años fuimos una plantilla de 60 voces.

P.— ¿Tenía algún modelo coral en mente?

R.— Mi idea era que para obtener buenos resultados tenía que haber un equilibrio entre el trabajo individual y el colectivo. Así es que mi primera propuesta fue conseguir profesores de canto para todo el mundo. Y ampliar ese repertorio que había comenzado a trabajar Jordi Casas hacia cosas más modernas o con más dificultad de lectura, y conseguir que esto fuera asumido por todos los *cantaires* de manera homogénea. Esto traje como resultado la reconciliación con la OBC; hicimos una *Novena* de Beethoven con Foster que abrió una etapa dorada que nos permitió hacer cosas muy interesantes con ellos.

P.— Todo eso, sin embargo, en un periodo en que el Orfeo no era el eje de la institución. ¿Cómo vivió usted esa etapa?

R.— Para mí hubo tres etapas. Yo diría que los primeros cinco, seis años, yo tenía la sensación de que el Orfeo era una prioridad. El coro lo veía de otra manera, pero yo no, porque yo venía de un proyecto con pocos medios y aquí me encontraba con que a todo se me decía que sí. Tarde años en darme cuenta que el recelo que había

contra Fèlix Millet era real y compartido por todos. Por otro lado los resultados musicales fueron brillantes y alcanzamos una sonoridad que después tardaríamos tiempo en recuperar. Luego vino una segunda época en la que se nos empezó a hablar de restricciones económicas, incluso antes que estallara la crisis. Y ese periodo, en el que podríamos haber mostrado los frutos conseguidos, fue muy duro.

P.— Creo que hubo proyectos artísticos que no pudieron llevarse a cabo.

R.— Sí. En el año 2006, creo, la Universidad de México nos invitó a hacer *La Atlántida*, de Falla. Era un viaje de tres semanas en agosto y la casa dijo que no había dinero. Fue un momento muy triste y difícil, porque el Orfeo se declaró en huelga.

P.— Aquello coincidió con su marcha a Madrid, a dirigir el Coro de la RTVE.

R.— Sí. Yo veía que no podía continuar con el proyecto, pero también me parecía desleal marcharme en un momento tan difícil. Así es que cogí una especie de excedencia, pensando en que cuando las cosas mejoraran otra persona pudiera coger mi relevo. Luego pasó lo que pasó. Aquello fue un golpe terrible porque nadie imaginaba que esta persona tuviera necesidad de robar. Entonces decidí volver y culminar lo que se había empezado. Y estoy muy contento de haberlo hecho. Por eso me voy ahora con el corazón pleno.

P.— ¿Qué era lo que faltaba por hacer?

R.— Yo tenía el anhelo, entre otras cosas, de poder trabajar con grandes figuras, asumiendo obras arriesgadas. Llegar adonde hemos llegado: a que Daniel Barenboim nos elogiara diciendo que teníamos una ductilidad musical maravillosa.

P.— Uno de las manifestaciones más destacadas de esta nueva etapa está siendo la internacionalización del Orfeo. ¿Era uno de sus anhelos personales?

R.— No, porque mi ambición siempre ha sido que el coro, tanto si actúa en Cataluña o en el extranjero, dé satisfacción al director que tiene delante. En cambio, yo he vivido como momento muy importante la interpretación

de la *Novena Sinfonía* de Beethoven, con Danielle Gatti, junto al Cor de Cambra, que es otra de las novedades que pude introducir en esta última etapa: que Orfeo y Cor de Cambra pudieran actuar juntos delante de los grandes retos.

P.— ¿Y el balance final de estos 18 años?

R.— Bueno, toda etapa tiene sus logros y sus pendientes. Y de todos los anhelos que yo podía tener, veo muchas cosas conseguidas y otras que aun han de llegar. Y veo muy bien que después de 18 años llegue otro director, que aporte un nuevo impulso y una nueva perspectiva.

P.— ¿Cómo valora que ese director no sea catalán?

R.— No creo que eso sea tan importante. Thomas Halsey es una primera figura de la dirección coral y puede aportar grandes cosas. Yo lo único que espero es que el Orfeo siga creciendo y sonando cada día mejor. Pero no creo que la internacionalización deba ser el objetivo sino una consecuencia del trabajo bien hecho.



JOSEP VILA

DIRECTOR DEL CORO

«ME VOY CON EL CORAZÓN PLENO»